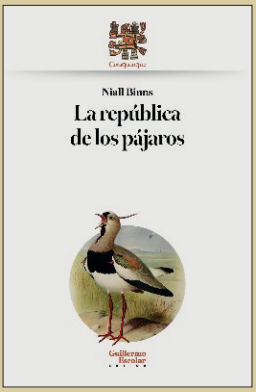
De este modo, el libro no solo reconstruye la vida de una santa central para el imaginario hispanoamericano, sino que invita a reflexionar críticamente sobre los mecanismos históricos y culturales implicados en su reconocimiento y legitimación. Se presenta así como una obra valiosa tanto para el estudio de la religiosidad colonial como para la historiografía crítica de las vidas de santos.

Clara Herrera



La república de los pájaros. Aves en la literatura latinoamericana
Niall Binns,
Guillermo Escolar Editor, Madrid,
2026, 292 pp.

Este libro dedicado a los pájaros guarda en sus primeras páginas una potente imagen sobre el ritmo exponencial de proliferación de los nenúfares en un estanque. Las pasiones de Niall Binns, escritor y profesor británico residente en España, se expanden y florecen como esos nenúfares. Una de ellas, la guerra civil española, imantó a un grupo de más de quince investigadores durante unos quince años. El proyecto titulado «El impacto de la guerra civil española en la vida intelectual de Hispanoamérica» dio a luz quince libros, decenas de artículos y numerosas intervenciones académicas y divulgativas. Durante los últimos años de esta aventura quienes integrábamos el equipo veíamos a Binns cada vez más fascinado por el canto de los pájaros que imitaban los milicianos en el madrileño Parque del Oeste en noviembre del 1936. Poco a poco, la obsesión por las aves fue llenando el espacio de investigación y dedicación hasta entonces ocupado por la repercusión hispanoamericana del conflicto bélico español. Lo que parecía una quijotesca locura –aspirar a financiación pública para estudiar la presencia de los pájaros en la poesía latinoamericana– se hizo realidad hace un par de años. Y aquí estamos, ante el primer libro de la colección Coraquenque, que, esmeradamente cuidada en Guillermo Escolar Editor, alojará monografías sobre aves escritas por los miembros del proyecto de investigación «Biodiversidad poética. Representación de las aves y competencia ornitológica en la poesía latinoamericana», financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades. Ver cómo germinan los trabajos de Niall Binns sobre pájaros y poemas en Latinoamérica recuerda la vertiginosa reproducción de los nenúfares.

Hay algo de natural en ambos recorridos, el de la guerra y el pajarero; natural en un sentido orgánico. Porque, en cierto modo, la historia se repite. Al igual que Binns alumbró e inició una veta cuyo estudio sistemático apenas existía –la del impacto de la guerra civil española como aproximación a la realidad intelectual de aquella orilla–, la nueva propuesta se focaliza en leer y releer la literatura latinoamericana a través de sus aves, con prismáticos. Y este libro es el mejor ejemplo de ello. De ahí, en parte, el título: *La república de los pájaros*. La condición del dolor es doble, decía Vallejo: «la naturaleza del dolor, es el dolor dos veces». La naturaleza de esta adhesión es doble también, pues además de la española de los años treinta, existe otra república en peligro, como recuerda el título que nos ocupa.

Esta obra resulta, en muchos sentidos, necesaria: aquí y ahora, en esta época infausta que estamos atravesando, en la ciudad, en el campo, en el mar, a solas, en compañía. Jesús Cano Reyes, director con Binns del proyecto de investigación citado y autor del hermoso y sugerente prólogo, lo resume en las primeras líneas: «Un buen libro contiene siempre muchos libros» (p. 9). Nombra a continuación algunas de las posibilidades latentes en estas casi trescientas páginas: «un programa político y ecológico, una celebración de la amistad […] un ejemplo del modo en el que la literatura puede llegar a transformarnos» (p. 9). No es poco, y hay más. Concluye Cano: «Al cerrar el libro, comprobamos que algo ha cambiado y miramos con otros ojos» (p. 13).

Por abrir el abanico completo, como un pavo real que muestra el colorido de sus plumas, más allá del prólogo («La amistad de los pájaros») encontramos una «Nota preliminar», nueve capítulos, el «Epílogo. BiodiVerso», una «Nota final» y un apartado de anotaciones que han migrado del pie de página al final, además de la necesaria bibliografía. En todos esos apartados se hacen muchas cosas. En el capítulo I se nos provee de lo necesario para aprender a mirar. Como cuando sales por primera vez a pajarear y te recomiendan llevar prismáticos, sombrero y calzado cómodo, en las páginas iniciales se nos entrega cierta terminología y el mapa del territorio. A partir de ahí, empieza el paseo y la fiesta: un capítulo dedicado a las aventuras con las aves del poeta británico-argentino William Henry Hudson; la entrada a la literatura de un continente sin ruiseñores; los desmanes eurocentristas de la Real Academia Española a la hora de definir algunas aves latinoamericanas; incursiones en Centroamérica de la mano de Rubén Darío y el poeta perteneciente al mundo maya-k'iché Humberto Ak'abal, guatemalteco; la poesía continental de Pablo Neruda con todos sus pájaros; las aves de poesía chilena más reciente, como la del poeta mapuche Lorenzo Aillapan o la de Elvira Hernández; finalmente, los catálogos-libros de algunos escritores (Homero Aridjis, Chantal Maillard, Tes Nehuén, Verónica Gerber Ciceci, Eduardo Chirinos). Para terminar, una hermosura: el largo poema «BiodiVerso» oculto en el epílogo, que recoge como una letanía aves y más aves aparecidas en libros que el autor ama, que amamos.

Hay una enorme bandada en las últimas páginas, como si nos internáramos en una murmuración de estorninos.

La república de los pájaros se despliega sobre una tensión muy sugerente entre el dentro y el fuera de la lectura. Constatamos que es la obra de un irredento pajarero con años, décadas de experiencia viendo aves. Es raro: en una época de prácticas explícitamente autoficcionales, este es un libro autobiográfico de manera divergente. La condición de británico, de lector, de profesor, de viajero impenitente, de poeta…, todo se pone al servicio de los pájaros. Lejos de la desmesura egocentrista, la lectura (el dentro del libro) nos muestra otra forma de estar en el mundo (su afuera): seguimos a nuestro guía y aprendemos de él a intensificar la presencia vaciándonos. Se da aquí una conexión distinta con la vida. Se desaloja el ego para dar espacio a la observación del pájaro fuera y dentro del texto, integramos el ave. Y desde ahí el autor arma un corpus impresionante de literatura alada. Descubrimos una forma de estar en los textos vinculada a una disposición ante el mundo, y esa manera es viendo mirlos, chercanes, zarapitos.

En su ensayo «Escribir la lectura» (1970), Roland Barthes recogía el gesto de levantar la cabeza cuando leemos. Estas páginas llevan al extremo ese gesto y nos conminan a salir al mundo. Por un lado, nos inoculan las ganas de escapar a pajarear inmediatamente; por otro, de ponernos a revisar los libros que hemos recorrido sin binoculares. Al igual que, pasado el tiempo, cuesta ya retirarse las lentes feministas, este libro parece colgarnos al cuello unos prismáticos permanentes para leer.

Se trata de un libro de acción también en otro sentido: *La república de los pájaros* muestra una vez más, como anticipábamos, una república frágil y amenazada. Las aves son indicadores delicados y fiables del ecocidio al que estamos asistiendo, y esto lo sabemos desde que Rachel Carson llamara nuestra atención sobre la ausencia del canto de los pájaros en su *Primavera silenciosa* en 1962. Como aquel, este libro nos exhorta a levantar los ojos de las páginas, a mirar y salir fuera, a actuar, en definitiva. Hay que conocer el ecosistema para saber qué estamos destruyendo y querer salvarlo.

El acto de comprometerse parte de otro gesto fácil y, a ratos, inalcanzable: cultivar la atención. Necesitamos concentrarnos para ver y oír un ruiseñor, para distinguir una tenca, para poder nombrar adecuadamente un zorzal. Volvamos a la necesidad de este libro. Oímos a la poeta estadounidense Mary Oliver: «Instructions for living a life: / Pay attention. / Be astonished. / Tell about it». En traducción de Binns: «Instrucciones para vivir: Prestar atención. Asombrarse. Contarlo» (p. 210). La poeta uruguaya Ida Vitale nos anima a «no perder "el hábito infantil de asombro ante el mundo", a mantener ante la naturaleza humana la curiosidad y la "atención detenida" que poseen de manera innata los niños» (p. 210). No hay nada naif en esta propuesta, implica una responsabilidad mayor a estas alturas.

Uno de los capítulos más bellos es el dedicado a W. H. Hudson. Resulta evidente el paralelismo entre ese británico-argentino y este británico-chileno. Leemos a

Hudson proponernos sus vivencias con las currucas y es al propio Binns a quien vemos aventurarse con sus obsesiones aladas, con sus propias epifanías. En realidad, existe un capítulo invisible que discurre por todo el libro y que no se consigna en el índice. Se trata del capítulo que se va construyendo subterráneamente y que consiste en las andanzas de ese personaje, filólogo y profesor exhaustivo, viajero y lector voraz, poeta y bromista (seguidor de la máxima de Nicanor Parra de que la verdadera seriedad es cómica). Ese capítulo invisible practica todo lo necesario: lentitud, detención, atención, observación. Quizá la zona más rastreable de esa sutil narración sean los versos que avistan pájaros en los libros desde Homero hasta hoy, la ya citada sección «BiodiVerso».

Se producen algunas paradojas en el libro. Una de ellas reside en que se nos convierte en pajareros desde el sillón, si bien es probable que la lectura nos catapulte a buscar aves fuera. La segunda se atisba en el hecho de que, frente al reclamo del paseo real y la atención focalizada, puede disfrutarse de estas páginas con la ayuda de internet o de algunas de las aplicaciones dedicadas a las aves. Buscar la urraca, oír la alondra, deslumbrarse con el quetzal o el colibrí es fácil hoy día. Vamos así deteniendo el tiempo entre líneas, se nos aparecen imágenes emplumadas, nos familiarizamos con sus trinos.

Podríamos preguntarnos si mirar pájaros nos hace mejores lectores de poesía. Resulta controvertida la hipótesis, en tanto que con ella parece que pongamos las aves al servicio de la literatura, cuando es más bien lo contrario lo que sucede en este libro. Pájaros y poemas exigen una detención similar, una disposición de escucha en sentido amplio, de búsqueda, con el vaciamiento ya enunciado como condición primera para abandonarse luego a una contemplación silenciosa.

Todo esto es muy simple y tremendamente difícil, porque para ver aves hay también que saber nombrar. Necesitamos conocer al pájaro que convoca la palabra exacta para que no se convierta en un vocablo opaco. Es lo que Binns ha dado en llamar *competencia ornitológica*, la capacidad de reconocer las distintas especies y experimentarlas «más allá de su existencia verbal, y más allá del aura simbólica elaborada a su alrededor por la tradición literaria» (p. 24). La pregunta sobre nuestra competencia biológica acorrala: es decir, ¿somos capaces de responder al estímulo verbal reconociendo en él a seres de carne y hueso, de clorofila y celulosa, y sintiendo que despiertan en nosotros recuerdos y conocimientos –fruto de nuestra experiencia personal, pero también del aprendizaje alimentado por la educación formal y la curiosidad– que no son estrictamente literarios? (p. 24).

En definitiva, se trata de que un gavilán sea un gavilán en un texto, como decía Ezra Pound, más allá o más acá de su función simbólica. Se detiene Binns también a dilucidar la dificultad de consignar el verdadero nombre de un pájaro, incluso su traducción. Hay cuestiones difíciles, como incorporar no ruiseñores, pájaros literarios por antonomasia, sino aves de nomenclatura menos amable. Cómo dar espacio a un chotacabras, a un chochín en español, a un *blue tit* en inglés sin que surja en la imaginación una sorpresiva teta azul. Este libro hace de la lectura

una actividad sospechosa, pues te descubre la pérdida de numerosos pájaros por el camino, como sucede en algunas traducciones como la recogida de *Al faro* de Virginia Woolf, con su alondra original extraviada en el trasvase de lenguas. ¿Cuánto habremos perdido por no saber de pájaros? Algunos de esos huecos los restituye la gozosa lectura de este libro, así que estamos todavía a tiempo. Otra pregunta que sobrevuela las páginas es cómo la poesía aloja el canto de un cacuy o el picado de un martín pescador. Se pone en juego también esto, ¿se puede escribir el trino de un pájaro?

Latinoamérica protagoniza este libro con su biodiversidad apabullante y su extraordinaria literatura. El cruce de las facetas del autor enriquece la propuesta de manera portentosa: pajarero, viajero, poeta, investigador, latinoamericanista… El papel como filólogo riguroso no se abandona aquí, con momentos memorables como aquel en que se desmonta implacablemente el eurocentrismo de la Real Academia y se proponen nuevas acepciones para las vergonzantes definiciones de términos que nombran pájaros latinoamericanos. También se defiende por qué el poema «Unidad» de Neruda en *Residencia en la tierra* probablemente no fuera escrito en Chile, como argumenta la canónica y estupenda edición de Cátedra de Hernán Loyola: «La evidencia ornitológica u ornipoética y el carácter experiencial de la poesía de Neruda me dicen que no. Se trata de un poema escrito en Rangún, o en Calcuta, o en Colombo. Fue allí donde conoció y convivió con los córvidos. […] Al escribir sobre sus viajes de regreso a Oriente, en años posteriores, Neruda volvería insistentemente a los cuervos […]» (p. 156). A partir de los pájaros se albergan lecturas disidentes como la de Verónica Gerber, que con su reescritura de los haikús de José Juan Tablada explicita su molestia con «la masculinidad de la mirada de Tablada y su glorificación de la naturaleza», pues en ella detecta que «eso que se le exige al paisaje es lo mismo que se le exige al cuerpo femenino» (p. 216). Aproximaciones tendentes a una horizontalidad que nos registra como parte de la naturaleza y no como algo ajeno a ella, menos aún como algo superior.

La república de los pájaros provoca una metamorfosis interior. Sabemos entonces que necesitamos más pájaros en la vida, transformarnos, ser más ave, descansar de una condición humana agotadora y a veces exasperante. Dice John Keats: «si un gorrión viene a mi ventana, tomo parte en su existencia y picoteo en la grava» (p. 93). Un ave es una pieza clave en el mundo. Un pájaro es fundamental en un texto, y quizá no lo sabíamos. «Las aves importan», se nos recuerda aquí, y también: «Los pájaros no hablan, pero entregan señales» (p. 260). Este libro ejemplifica en la persona y obra de Niall Binns lo que confiesa la poeta chilena Elvira Hernández: «Yo necesito un punto de apoyo para desplazarme por el mundo. Y bueno, mi punto de apoyo fueron los pájaros». Leamos, levantemos la mirada al mundo, salgamos a buscar pájaros, asombrémonos. Conozcamos lo que está en peligro para desear salvarlo.

Olga Muñoz Carrasco